

En la

Año XXXIX • Núm. 206 • Mayo - Junio 2007

Calle Recta



**ECR: Es un diálogo
abierto para
mirar juntos
las Escrituras, y
encontrarnos en
Cristo, católicos y
no católicos**



**Lea la Biblia.
Es la Palabra de Dios vivo.**

Edita

Fundación

En la Calle Recta
Prins Hendrikweg 4
6721 AD BENNEKOM
HOLANDA

Tel: +31 (0)318 - 43 12 98

Fax: +31 (0)318 - 43 13 95

E-mail: secr@irs.nu

Website:

www.enlacallerecta.es

Evangelista

A.W. van Bragt

Junta de dirección

C. Westerink (presidente)

A.H. Cornelisse (secretario)

A. Verboom (tesorero)

G. Bos

J.G. van Hoof

J.D. Liefing

G.G.L. Visser

H. de Vries

C. van de Worp

Redacción ECR

Director

J.D. van Roest

e-mail:

j.vanroest@chello.nl

Redactor jefe

Fco. Rodríguez

e-mail:

fco.rodriquezperez@telefonica.net

**Esta revista
no se ponga a
la venta porque
es gratuita**

Índice

El Trono de los tronos.....	3
Ascensión del Señor	5
El Consolador	7
Ni marianos, ni nada que no esté en la Biblia.....	8
El testimonio de sus cartas	11
La Carta de un Apóstol: no de un "Papa"	13
El Papa: ¿Santo Padre?	16
Sólo a Dios sea la gloria	19
La Biblia también habla al niño	22
Miedo a leer la Biblia	24
Buscad las cosas de arriba	27
¿De qué fe hablamos?.....	28

Diálogo y Testimonio

Esta es la meta que nos proponemos con la publicación de ECR. Un diálogo abierto y sincero con católicos y no católicos, a la luz, siempre, de la Palabra de Dios.

Nuestro testimonio no se fundamenta en nuestra filosofía y teología clerical, sino en el llamamiento de Dios por Su gracia y la revelación de Su Hijo en nosotros, sacándonos de las tinieblas religiosas a la luz de vida en la fe de Cristo Jesús. En la certeza y la convicción de que la Palabra de Dios es viva y eficaz, y tiene poder para sobreedificarnos.

Texto bíblico

“Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de Aquel que os llamó de las tinieblas a Su luz admirable.... También Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas, el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en Su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó Él Mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, para que nosotros estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia” (1 Pedro 2:2-6).

Ilustración de las páginas 5 y 29: Evert Kuijt: Biblia para los niños, ilustrada por Reint de Jonge, © 1980 Editorial Boekencentrum BV Zoetermeer

El Trono de los tronos



**“Yahweh estableció en los cielos Su trono”
(Salmo 103:19).**

¿Has oído alguna vez la expresión “el monte de los montes”? Esa es una manera de hablar de los judíos. Con eso quieren decir: el monte más alto. ¿Cuál es ese? En cada lugar tienen su propio monte más alto. El monte de los montes naturalmente es el Everest en Nepal, con su cima de 8850 metros.

En el día de la ascensión señalamos como el monte de los montes, el monte de los Olivos al Este de Jerusalén. Con sus 800 metros, un enano si lo comparamos con los Alpes o los

Andes, y no digamos con el Himalaya. Pese a ello, el monte de los montes, no es porque Israel así lo llame, sino, sobre todo, porque Cristo desde allí subió al cielo y a la casa del Padre. También podemos expresar lo que David profetizó en el Salmo: *“Yahweh estableció en los cielos Su trono”*. La fiesta de la ascensión es la fiesta de la subida al trono. Ya que Cristo es Rey, sí, el Rey de reyes. Eso hace Su trono, el trono de los tronos. Un trono más alto que el Suyo no hay ninguno. Que día tuvo que ser ese en la corte celestial, cuando Cristo hizo Su entrada. Con emoción —me imagino yo— Dios el Padre fue hasta Su Hijo, le abrazó y le besó. ¡Has terminado la obra de la redención y reconciliación, Hijo Mío! Los ángeles rompieron en fuerte aclamación.

A través de toda la historia los hombres intentaron subir al trono más alto: Nabucodonosor y Nerón, Napoleón y Hitler. Conquistaron riquezas, poder y gloria. Casi todo el mundo estaba a sus pies. Y a pesar de todo no estaban satisfechos. Porque sólo Uno tiene todo el poder en los cielos y en la tierra. Sólo Uno sabe manejar el poder correctamente. Sólo Uno tiene el trono en el cielo: nuestro Señor Jesucristo.

¿Cómo llegó Él a eso? Sí, Él conquistó el poder no con astucia o violencia. Él no fundó un reino de esplendor externo y pompa, sino que combatió con la supremacía de Su amor. Así tomó el poder, no, así recibió el poder y fundó Su trono. Sobre un sólido fundamento: de verdad y justicia, de amor y perdón.

La vida terrenal de Cristo no parece de nin-

guna manera una subida al trono. ¿No pasó Su camino por el pesebre a la cruz? Así se realizó el milagro de la reconciliación: con las manos ensangrentadas y los pies atravesados por los clavos subió Cristo al trono. Justamente canta David: El Señor estableció en los cielos Su trono.

Fijémonos bien que dice: en los cielos, luego no en la tierra. Eso sería lo que nosotros querriamos. Pero no, en los cielos. ¿Por qué allí?

1. Porque Cristo es de allí: Él vivía y regía ya antes de la creación.
2. Para que nosotros creamos. Bien que lo subrayó Lutero: “Dios se Oculta, para que nosotros creamos. En el nacimiento de Jesús hay algo de esa ocultación, y en la cruz del Gólgota. Y también en la Ascensión del Señor. No porque sí, escribe Lucas: *“Y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos”* (Hechos 1:9).

Solo la fe se agarra a Cristo.

¡Imaginate que Él no hubiese instalado allí Su trono! Nuestra fe no tendría sentido, incluso cuando cien veces hubiese sido la Pascua. Toda perspectiva desaparecería de nuestra existencia. Pero ahora, nuestro Rey ha instalado Su trono en los cielos. ¡Gracias a Dios! Ese es el misterio de la Ascensión. Cristo no ha instalado Su trono en los cielos para descansar, sino para abogar por nosotros; no para vengarse, sino para repartir Su gracia. Él actúa como abogado.

¡Qué suerte! Porque hay muchas cosas en mi vida, que no encajan: en la relación con mi prójimo, y sobre todo en relación con Dios. El Señor me hace ver claro que no todo vale, que yo no me comporto, que merezco Su ira. Pero escucha cómo Cristo aboga ante Su Padre. ¿Por quién? Por gentes fracasadas, por

quienes han hecho de sus vidas una ruina, por quienes se defraudan a sí mismos. Él no puede hacer nada con alguien, que se ha encontrado consigo mismo, que puede arreglar su propia materia de fe. ¿Nos sabemos arrestados? ¿Somos conscientes de que ante el tribunal de Dios nunca nos libremos del castigo? Cristo lleva una poderosa defensa para los condenados. Es el abogado de los arrestados. Ten en cuenta que Cristo nos consigue la libertad y nos deja ir en paz.

¿Y si la duda y la incredulidad nos juegan una mala pasada? ¿Si hemos experimentado tantas cosas que podemos pensar: Tenemos un abogado en el cielo? Esos pensamientos y dudas no es necesario que los ocultes. Ten por cierto que Cristo ha establecido Su trono en los cielos para, desde allí, enviarnos Su Espíritu Santo. Ese Espíritu nos guía a toda la verdad. Ese Espíritu hace que nosotros creamos en esperanza contra esperanza, que Cristo aboga a favor nuestro en el cielo. Sí, por mí, pobre pecador, hombre reo de muerte. Ese Espíritu obra poderosamente en nuestro corazón para que busquemos cada vez más las cosas de arriba, donde Cristo está, y cada vez menos las cosas de la tierra. Ese Espíritu otorga también la seguridad, por la que sabemos: si mi Señor está arriba, también iré allí. Ya que Él prepara lugar para mí. Con tal Señor en los cielos podemos seguir, durante toda la vida. Con un corazón lleno de alegría, lo mismo que los discípulos. Hasta que un día por la puerta de la muerte entremos en los cielos y veamos a nuestro Rey, con el Padre y el Espíritu, en el trono de los tronos, que Él ha establecido para siempre.

H. J. Lam

Él se dejó atar, para desatarme a mí

Ascensión del Señor



“Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo” (Lucas 24:50 y 51).

El paso de Jesús por la tierra está a punto de finalizar. Sólo unas horas le separan de Su ascensión. El resucitado, Príncipe de la pascua, hará Su entrada en las regiones celestiales y se sentará a la derecha de Su Padre celestial.

Jesús los sacó fuera hasta Betania. En la palabra “sacó” encontramos en el texto original una palabra que corresponde a la salida del pueblo de Israel de Egipto. Así podemos,

en cierta manera, hablar de un éxodo en el Antiguo Testamento y un éxodo en el Nuevo Testamento

En el éxodo del Antiguo Testamento es válida la regla: por el sufrimiento a la gloria. A través de un viaje con muchas privaciones entró el pueblo de Israel en Canaán. El calor del día y el frío de la noche, la sed, ¿y qué diremos del hambre? Y sin embargo podemos decir: **de todas esas privaciones los libró el Señor.** Él mitigó la necesidad.

En el éxodo del Nuevo Testamento vale también la regla: por el sufrimiento a la gloria.

A través de un viaje con muchas privaciones entró Jesús en el Canaán celestial. Desde el principio de Su encarnación hasta el final de Su vida terrenal, Jesús ha conocido el sufrimiento. Y todo eso por culpa de nuestros pecados, tuyos y míos. Él se dejó atar para que yo fuese desatado. **Él fue abandonado por el Padre, para que yo nunca jamás sea abandonado por el Padre.** Él fue hecho pecado, para que yo sea justificado. Después de este sufrimiento Jesús ha conocido la glorificación. Con la Pascua dijo el Padre: “es suficiente”. Y con el día de la ascensión dijo el mismo Padre: “Siéntate en el trono a mi derecha”.

En el éxodo del Antiguo Testamento nos encontramos con lugares memorables: el mar Rojo, Masah y Meriba, Elim, el monte Sinaí etc..

En el éxodo del Nuevo Testamento también encontramos lugares memorables, porque el viaje sigue por el valle Cedrón, a través del huerto de Getsemaní hasta el monte de los Olivos. Aunque el evangelista nada nos menciona sobre los pensamientos de Jesús y de Sus discípulos, sin duda recordarían aquella terrible noche en la que el sudor del Señor Jesús se transformó en grandes gotas de sangre. Donde se entabló una lucha que no ha tenido par en la historia y ni se conocerá en el futuro. Porque esta lucha fue única. Única en su género. “Padre, si quieres, pasa de Mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la Tuya” (Lucas 22:42).

Lo que sin embargo es mucho más importante que el sufrimiento, es la bendición del Señor Jesús. Bendición. Esa es una faceta de la obra de un sacerdote. Además de la ora-

ción y el sacrificio tenía el sacerdote como tarea bendecir al pueblo. Solo tienes que recordar la historia del sacerdote Zacarías. Allí encuentras las tareas de un sacerdote una tras otra.

Ahora, Jesús bendice. Él subió a lo alto sacerdotal. Él subió junto a Su padre. “Nuestro único y supremo Pontífice quien por el solo sacrificio de su cuerpo nos ha redimido e intercede continuamente delante del Padre por nosotros y para ser nuestro eterno Rey que nos gobierna por su Palabra y su Espíritu y conserva la redención que nos ha adquirido” (C. H., pregunta 31).

Podemos escuchar decir a Jesús: “*El Señor te bendiga, y te guarde; el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; el Señor alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz*” (Números 6:24-26).

¿Has leído bien las palabras?: Bendecir, guardar, resplandecer su rostro, tener misericordia y dar paz. ¿De quién? Del fiel Dios del pacto, que no sabe de dudas. ¿A quién? A gente que en todo momento está dispuesta a tambalearse y hundirse. A gente que hace más grande la culpa de cada día.

Lucas, del que hemos elegido el texto que encabeza este escrito, comienza el Evangelio con un sacerdote y termina el Evangelio con un Sacerdote. Pero, qué diferencia, Zacarías por una parte y Jesús por la otra. Sin embargo, también este sacerdote pudo participar en la obra sacerdotal del Señor Jesucristo. La sangre de Cristo purificó el pecado del incrédulo Zacarías.

E. Mijnheer

El Consolador

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en Mi Nombre, Él os enseñará todas las cosas” (Juan 14:26).

Cristo primero subió al cielo. Después el Espíritu descendió por el camino allanado por Cristo. Está escrito en el texto que el Padre le envió en el Nombre de Cristo. Eso quiere decir: en virtud de Sus meritos de Mediador. No, el Espíritu no fue enviado en virtud de algún mérito del hombre. Si fuese por eso, nunca hubiese habido Pentecostés. Pero el Espíritu es enviado en el Nombre de Cristo, en virtud de Su obra perfecta de salvación. Por eso tú aún puedes ser salvo. Por eso aún hay salvación para el más grande de los pecadores. Por eso el Espíritu Santo viene a morar en los corazones culpables y sucios de los pecadores. Qué prodigio, que nosotros para el Espíritu jamás podamos ser demasiado malos. Porque Él ha descendido en virtud de los méritos de Cristo y Él ha venido para hacer realidad la obra de Cristo en los corazones de los pecadores. Así Él cambia a los pecadores en modelos de la gracia de Dios. ¿No podrá hacer eso en ti? Ahora el Señor Jesús en su charla con sus discípulos, la noche que iba a ser entregado, dijo que el Espíritu Santo era el Consolador. La obra más importante del Espíritu Santo es consolar (confortar). Él puede consolar más que una madre. ¿Cómo consuela el Espíritu? Él consuela en lo más profundo con Cristo y desde Cristo. Él hace sitio al único consuelo tanto en la vida como en la muerte. Si la carga del pecado oprime, entonces Él consuela mostrándonos el lugar de la sangre

de Cristo. Si satanás ataca fuerte, entonces Él nos consuela mostrándonos la victoria de Cristo. Si la tristeza sobre el pecado llena el corazón, entonces nos consuela con las dulces promesas del Evangelio. Si la cruz nos oprime los hombros, entonces Él nos hace mirar al gran Crucificado, que en todo ha ido delante y ha llevado la cruz más pesada; con los ojos en Él, la cruz milagrosamente se hace más ligera. Cuando los sufrimientos y las persecuciones afligen el alma, entonces el Espíritu nos consuela tendiendo nuestra vista hacia la eternidad, la bienaventuranza futura y entonces los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria, que en nosotros ha de manifestarse, cuando Cristo nuestra vida se manifieste. Cuán sorprendentemente puede consolar el Espíritu Santo a los hijos de Dios. Así, pues, Él no puede llevar otro nombre mejor que el que Cristo le dio aquí, el nombre de Consolador.



Mi vana religiosidad de "sacerdote"

El Espíritu Santo no sólo es Consolador, sino también Enseñador. Porque Cristo también dice aquí, que Él le enseñará a los discípulos todo.

¿Cómo enseña el Espíritu Santo? Nunca al margen de la Palabra.

Lo podemos decir casi en tres palabras: conocimiento de Dios, de uno mismo y de Cristo. Él nos enseña Quién es Dios y quienes por el contrario somos nosotros. Que no somos nada más que perdidos pecadores. Pero también nos enseña, Quién es Cristo.

Qué gran valor tiene para el corazón culpable este Salvador.

Uno en la escuela del Espíritu reconoce que nunca alcanza lo más alto y que muchas veces uno debe comenzar de nuevo. Pero el Espíritu todavía nunca ha echado a alguien de Su escuela. Qué maravilloso que aún hay plazas en esa escuela. ¡También para ti! Sea tu oración: Oh Señor, sea en mí tu Santo Espíritu.

J. J. van Eckeveld

Ni marianos, ni nada que no esté en la Biblia

En este momento no sé como dirigirme a Usted, si pastor, doctor, discúlpeme. Pertenezco en este momento a una Comunidad Carismática Católica que se llama Asamblea Santa. Cuando

llegué a dicha comunidad hace más o menos 13 años, la visión de la comunidad era que el católico se convirtiera al Evangelio y que más católicos llegaran a los pies del Señor Jesucristo.

Se nos enseñó a conocer la Palabra de Dios a través de predicaciones y estudios Bíblicos.



Eran invitados a nuestra Comunidad siervos de Dios de algunas denominaciones de la iglesia Cristiana Evangélica. Hasta hace 3 años éramos dirigidos por una mujer; hoy

en día somos dirigidos por un sacerdote, la preocupación de algunos, que todavía seguimos ahí, es el interés del Sacerdote de muy sutilmente hacernos volver atrás en algunas cosas, si se puede decir así. Es un buen hombre, pero no estamos de acuerdo con eso. Pero esta situación nos tiene muy

preocupados de verdad, claro que no somos todos, somos una minoría. Pero oramos e hicimos saber al director nuestra posición, ni Marianos ni nada que no esté en la Biblia. Por favor necesito su dirección y ayuda para comunicarla al resto de mis compañeros. Dios le bendiga poderosamente. Le agradecería que me respondiera.

B. C.

Respuesta:

Muy amada en el Señor Jesús:

Quiero en primer lugar darle las gracias por su carta, en la que me muestra sus inquietudes por seguir fiel a lo que dice la Palabra de Dios. No se preocupe por la forma de dirigirse a mi persona, pues yo soy un pecador al que Cristo llamó por Su gracia a participar de Su perdón total y de la vida, que Él da a todo hombre o mujer, que cree en Él. Por medio de la fe en Cristo bajo la luz de Su Palabra, lo primero que el Señor me mostró, fue mi vana religiosidad de “sacerdote” sin un auténtico conocimiento de Cristo ni de Su Palabra. Descubrí que mi vida religiosa estaba vacía, porque no tenía a Cristo ni disfrutaba de la esperanza viva que solo el Espíritu mantiene ardiente en todo aquel, que acepta al Señor Jesús como su único y perfecto Salvador.

Por lo que me dice en su carta, su espíritu está acostumbrado a gustar del mensaje, que brota de la Palabra de Dios. Por eso no soporta que alguien pretenda volverle a las formas religiosas que no están en la Palabra. Jamás se vuelvan atrás. Lleva tiempo buscando en la Palabra de Dios. No permitan que nada ni nadie le aparte de la Palabra. En primer lugar por la gran promesa del

Señor: *“Si vosotros permanecéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:31).*

Cuando alguien pretende alejarle de la Palabra, entonces no quiere que usted sea una verdadera discípula de Cristo, ni que conozca la Verdad personalmente, porque esa Verdad es Cristo; y mucho menos que usted viva y se sienta una persona totalmente libre en Cristo, porque Él y solo Él pagó el rescate por todos sus pecados y culpas ante el Padre. El precio de ese rescate es Su preciosa sangre, para arrancarnos de nuestra vana manera de vivir, ya sea esta religiosa o arreligiosa.

Si -como dice usted- ese sacerdote tiene interés en hacerle volver atrás, no es para que usted sea libre, sino para atarle nuevamente a los dogmas y principios religiosos, que nada, o muy poco, tienen que ver con la Palabra de Dios; y mucho con la filosofía de hombres religiosos que otorgan más poder a sus vanos razonamientos que a la Palabra del Dios vivo y verdadero. Pues por la Palabra de Dios fueron creados los cielos y la tierra, y todo subsiste por Su Palabra. Por eso se nos dice al comienzo del Evangelio según Juan:

“En el principio era el Verbo (La Palabra), y el Verbo era Dios.... Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho” (Juan 1:1-3). Y en el verso 12 nos dice: *“A todos los que le recibieron, a los que creen en Su Nombre, les dio potestad de ser hijos de Dios”.* Pero a los hijos de Dios se les dice que son engendrados por Dios. Nunca por su propia voluntad ni por hacer buenas obras; ni mucho menos por la voluntad de otros hombres

religiosos por cumplir sus normas y directrices religiosas; sino por creer en el Nombre de Cristo, aceptándole personalmente como nuestro único y perfecto Salvador. Cristo quiere que le aceptemos a Él personalmente, sin condiciones de nadie ni de ninguna iglesia. Porque los auténticos creyentes no ponen condiciones a los otros, sino

que oran para que todo hombre se entregue a Cristo sin condiciones, en plena certidumbre de fe. Oramos para que el Espíritu de Cristo les llene de Su sabiduría y sigan siempre el único Camino que nos lleva al Padre. Este Camino es Cristo, y nadie más.

Reciba nuestro afectuoso saludo en Cristo,

Fco. Rodríguez

Mi Cristo

El Cristo en quien yo creo
no está en el crucifijo.

El Cristo a quien yo adoro,
en una cruz no está.

El Cristo a quien yo sirvo
dejó una tumba abierta,
es símbolo de Vida,
de triunfo y libertad.

Humilde y despreciado
vino a ofrecer Su sangre
para salvar mi alma
de la condenación.

Se estremeció la tierra,
el sol se hizo tinieblas
y así consumó Cristo
la eterna redención.

Si estás muerto en pecados,
sin rumbo en esta vida,
si todo te ha fallado,
confía en el Señor.

Alumbrará en tu alma,
la luz de un nuevo día,
será el alba gloriosa
de tu resurrección.

Si quieres encontrarle
no vayas al sepulcro,
ni entre los muertos busques
que allí el Señor no está.
No dobles tus rodillas
honrando a un Cristo muerto,
¡El vive por los siglos
en gloria y majestad!

Angelita Gómez

El testimonio de sus cartas

Estimados hermanos de ECR:

Gracias por recibir la revista, y que el Señor les bendiga en gran manera por este esfuerzo que ustedes hacen de poder enviar el mensaje de Jesucristo a todas partes del mundo. Sabemos que ustedes hacen un gran esfuerzo para ello, pero recordamos que Jesús dice, he aquí yo vengo pronto y mi galardón conmigo para recompensar a cada uno según sea su obra. Ustedes tienen ese premio por parte de Dios, pues esta revista llega a muchas comunidades, tanto pobres como de nivel social elevado. Pues los que recibimos sus revistas las repartimos a aquellos que no conocen a Cristo y que se aferran a una religión que sus padres les dejaron sin conocer verdaderamente, cual es el verdadero camino a la vida eterna. Que el Señor Jesucristo les bendiga,

*Elías E. R.
Guatemala*



Queridos hermanos en Cristo:

El motivo de la presente es en primer lugar agradecerles el envío de la revista, que es de mucha bendición para mí. Debo decirles además que lo vuestro es una obra maravillosa, gracias a la revista no sólo aprendo y me nutro, sino que llevo a la vecindad conceptos claros y edificantes en Cristo. Es la semilla de mostaza que va quedando. Este mundo cada vez más corrupto y violento tiene en ustedes las florecillas fragantes, que son los verdaderos cristianos que avanzan alumbrando, sembrando y perfumando el camino. Bravo, por lo que son y por lo que hacen, ¡adelante! Los abrazo en Cristo Jesús,

*Mirtha Z.
Argentina*

Apreciados hermanos de En La Calle Recta:

Cuán grato es pertenecer a la gran familia de Dios, donde no hay límites ni distancia que impidan el vivir en un único amor. He estado leyendo alguna de las ediciones de vuestra revista y en verdad quiero expresarles mi gratitud por tan rico material, que defiende y afirma las Verdades Eternas escritas en Su Palabra, la Biblia. Muchas gracias por vuestro ministerio, oro al Señor que continúe bendiciendo y guiando vuestro hacer para Él en esta obra. Me despido con gratitud en Cristo,

*Magaly P.
Uruguay*

Amados hermanos:

La revista ECR es una valiosa herramienta y canal para llegar con el Evangelio a muchas personas que no han tenido la oportunidad de escuchar y comprender el Evangelio de Jesucristo. Ya que los testimonios que están ECR han conducido a muchos hombres y mujeres a leer la Biblia, y leyendo la Biblia muchos han llegado al verdadero conocimiento de Dios a través de Jesucristo.

Que Dios les bendiga en su ministerio,

Walter C.

Amazonas Perú

Apreciados hermanos de En La Calle Recta:

Doy gracias a Dios por tener hermanos como ustedes, a los que un día llegó la Luz divina a sus vidas y pudieron ver lo maravilloso que es haber conocido la Verdad.

Gracias queridos hermanos por enviarme mes a mes este gran material, el que comparto con otros hermanos y con personas que no conocen a Cristo..

Por esto todos los días los tengo presentes en mis oraciones, para que Dios los prospere, para que esta obra siga adelante.

Me despido deseándoles muchas bendiciones,

Héctor S. O.

Chile

Amados hermanos:

Los saludo en el nombre del Señor Jesucristo, pidiendo a Dios muchas bendiciones espirituales y materiales para su vida y las de todos los que hacen posible este gran esfuerzo para esta revista muy bendecida.

Yo por mi parte llevo siempre a todos ustedes en mucha oración y súplica ante el Señor por su trabajo. Estoy muy agradecida por las revistas que me mandan, trato con la ayuda de Dios colocarlas adecuadamente entre las personas en mi trabajo. Dios me les bendiga ahora y siempre, hasta la pronta venida de nuestro Señor Jesucristo.

Cecilia H.

El Salvador

Señores:

Les envío mis señas para que hagan el favor de enviarme la revista En La Calle Recta.

Esta publicación me interesa, tengo muchas preguntas que hacerme, mucha confusión, que mis creencias no me han contestado ni aclarado.

Una amiga creyente me habló del Señor, y es ella quien me ha facilitado vuestra dirección. Quiero tener lo que ella tiene y conocer la verdad.

Un saludo afectuoso,

H.V.

España



La Carta de un Apóstol: no de un “Papa”

“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de Aquel que os llamó de las tinieblas a Su luz admirable” (1 Pedro 2:9).

Lo primero que sorprende nuestra atención al leer este pasaje, es el tiempo del verbo presente con el que el apóstol inicia esta exposición. Nos dice: **“vosotros sois”**. Esta es una afirmación contundente, que no admite ningún condicionante de llegar a ser o de poder ser, sino sólo un firme y seguro presente: **“sois”**. Pero este **“sois”** no se fundamenta ni en nuestros méritos ni en nuestras obras, sino en la obra salvadora del Señor Jesús como manifestación plena del infinito amor de Dios. Y en este Amor también se nos dice que somos: *“linaje escogido, real sacerdocio, nación santa y pueblo adquirido por Dios”*. Este era un privilegio que solo tenía el pueblo de Israel, pero con la manifestación de la justicia de Dios en Cristo, el pueblo de Dios, Su iglesia, está formada tanto por judíos como por gentiles. Es también **“linaje escogido”**, porque Dios nos escogió en Cris-

to, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él (Efesios 1:4). Esto mismos se lo dice Jesús a sus discípulos: *“No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros” (Juan 15:16)*. El hombre, y también el hombre religioso, siempre quiere tener la iniciativa, pero el Señor no admite nuestras iniciativas en Su elección, sino que quiere un corazón contrito y humillado que acepte Su elección y salvación. ¿Qué podemos presentar nosotros, pobres pecadores muertos en delitos y pecados, ante *“el Alto y sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15)*, para que nos elija? Por Su sola gracia en la fe de Jesucristo somos *“linaje escogido”* por Dios.

Esta elección nos otorga también el que seamos **“real sacerdocio”**, porque somos sacerdotes del Rey de reyes, y Él Mismo nos hizo reyes y sacerdotes para Dios Su Padre (Ap. 5:10). Pero nuestro sacerdocio está edificado sobre la piedra viva, escogida y preciosa que es Cristo, Él tiene un sacerdocio inmutable y una sola ofrenda de Si Mismo hecha una vez para siempre. Y no hay más ofrenda por el pecado, porque con una sola ofrenda del cuerpo de Jesucristo hizo perfectos para

siempre a los santificados, aquellos, que en plena certidumbre de fe le aceptan. En el Antiguo Pacto los sacerdotes tenían que ofrecer sacrificios por sus propios pecados y por los del pueblo, pero en el Nuevo Pacto sellado con la sangre de Cristo, ya no hay más sacrificios por el pecado. Pero todos nosotros podemos *“ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo”* (2:5). Esto es, glorificar al Padre llevando mucho fruto, como Cristo dice: *“el que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto”* (Juan 15:4); *“porque separados de Mí nada podéis hacer”*. Nada le podemos ofrecer al Padre ni nada le podemos pedir separados de Cristo.

“Vosotros sois nación santa”. La iglesia es una nación santa. De todas las naciones del mundo Dios formó Su pueblo. Esta elección tiene como único fundamento el amor de Dios. Y ese fundamento hace esta elección firme y segura. Porque no tiene su fundamento en nuestros merecimientos o prestaciones sino en el amor eterno de Dios.

“Vosotros sois pueblo adquirido por Dios”. Pedro dice de la iglesia que es un pueblo, al que Dios hizo de Su propiedad. Este derecho de propiedad lo pagó *“con la sangre preciosa de Cristo”* (1:19). Como pueblo de Su propiedad debemos dar a conocer en toda nuestra manera de vivir, el amor de Dios, Su perdón total, Su infinita misericordia y Su Palabra fiel y verdadera bajo la Luz admirable de Su Espíritu. Esta tiene que ser una realidad presente, porque se nos dice: *“ahora sois pueblo de Dios”* (v.10). Lo que hayamos sido en otro tiempo es el pasado, pero el **“ahora”** es de Dios en Cristo bajo la guía del Espíritu. **“Ahora”** aún estamos en el tiempo de mise-

ricordia. Por eso se nos dice: *“Si oyes hoy Su voz, no endurezcáis vuestros corazones”* (Hebreos 4:7).

“Amados, yo os ruego como a extranjeros y a peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (2:11).

El apóstol tiene muy claro que los amados creyentes son extranjeros y peregrinos en medio de los pueblos, y que sostienen una dura batalla de fe contra la vana manera de vivir de este mundo, de la que ellos, por gracia, fueron rescatados con la sangre preciosa de Cristo. Muchos pueden sentirse desconcertados, en el día a día, ante las dificultades y las adversidades, tanto en el trabajo como en las relaciones personales con los demás, sean estos compañeros de trabajo o empleadores sin el más mínimo respeto hacia las personas.

Lo que en estos pasajes se nos propone es una pregunta: ¿Cuál es la voluntad de Dios en todas las situaciones, tanto laborales como en la relación con las demás personas, ya sean ciudadanos normales o autoridades? Ante todo se nos dice: *“esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos”* (v. 15). Aquellos que por la fe viven en Cristo, su vida no está condicionada por las circunstancias externas, que los rodean. Porque como escribe Pablo: *“Ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos”* (Romanos 14:7-8).

Solo así podemos entender que se nos diga: *“Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos*

y afables, sino también a los difíciles de soportar” (v. 18). Pues tú, como llamado del Señor, vives para y por el Señor Jesús, Él es tu luz y tu fortaleza. Esta luz no la puede apagar tu amo o empleador difícil de soportar ni te puede fortalecer el bueno y afable, aunque para tu carne sea más halagüeño. Para que no cunda en nuestro corazón el desaliento ni nuestra propia arrogancia, el apóstol de nuevo nos señala con toda claridad donde debemos poner nuestros ojos.

“Porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente”(2:21-23).

Si Cristo padeció por nosotros en Su propia carne, qué de extraño hay que, si Él mora en nosotros, padezcamos también en la carne las ofensas de los que nos rodean. Sabiendo que Él *“no hizo pecado ni se halló engaño en Su boca”*, y no tenía porqué padecer por nosotros. Sin embargo, la Palabra de Dios dice de nosotros por boca del apóstol Santiago: *“Porque todos ofendemos muchas veces”* (Santiago 3:2).

No tenemos excusa ninguna para no seguir sus pisadas, si Él mora en nosotros. Pero, si eso no fuese así, tal vez tendrías que recordar la pregunta, que Pablo hace en su segunda carta a los Corintios: *“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe... ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros...?”* (13:5).

Si estás en la fe, Jesucristo está en ti. Tu vida diaria es la comprobación de la vivencia

de fe en Cristo.

Cuando alguien te maldice, ¿tú que haces, también le maldices? En ese caso Cristo no está en ti, porque *“cuando le maldecían a Él, no respondía con maldición”*.

Y cuando padeces toda clase de insultos y desprecios, ¿tú que haces, los amenazas, se las tienes guardadas? No te engañes, entonces, Cristo tampoco está en ti, porque Él *“cuando padecía, no amenazaba”*. Pero, ¿por qué Cristo ni maldecía a los que le maldecían ni amenazaba a los que le infringían padecimientos? Porque Él siempre hace la voluntad del Padre, y sabe que nada sucede sin Su consentimiento. Por eso todo lo dejaba en las manos del Padre, porque es el único que da respuesta justa en todas las circunstancias de nuestra vida.

“Quien llevó Él Mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, muertos a los pecados, vivamos a la justicia; por cuya herida fuisteis sanados” (24).

Muchas veces nos ofenden tanto las maldiciones, las ofensas, los desprecios de los otros, porque no somos de todo conscientes de que Cristo *“llevó Él Mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero”*. Ya no tienes que defenderte de tus pecados, que no serán ni más ni menos que los de todo pecador. Pues tú tienes la certeza y la seguridad de que todos tus pecados los llevó Cristo en Su propio cuerpo sobre la cruz. ¿Te ves en realidad rociado con la sangre de Cristo (1:2), santificado por el Espíritu, perdonado y justificado ante el Padre? Entonces, ¿por qué te ofendes por lo que diga o haga contra ti el hombre? ¿No te dice la Palabra de Dios, que estás muerto a los pecados y vives en la

El Nombre de Dios es Dios Mismo

justicia de Dios?

El cuerpo de Cristo nunca hizo pecado, y sin embargo llevó en Su cuerpo nuestros pecados. ¿Es mucho pedirnos a nosotros que en nuestro cuerpo lleno de pecado y debilidad soportemos con el poder de Cristo los pecados de los demás?

Cristo en su sola persona se ofreció al Padre a Si Mismo. Él Mismo en Su cuerpo fue el sacrificio y el sacerdote que ofrecía el sacrificio. Este sacrificio en el cuerpo de Cristo tiene como finalidad que tú, hombre, mueras al pecado y vivas justo y santo en Cristo.

Porque en la muerte de Cristo se rompen los lazos, que unen al hombre con el pecado.

Así el hombre es librado de su esclavitud.

Ya no pertenece al poder del pecado y, ni le teme ni le sirve. En lugar de eso, el hombre, ahora, puede entrar en servicio de la justicia. Un tiempo nuevo y salutífero irrumpe en su vida. Que también podemos llamar la sanidad de su vida. Por eso el apóstol nos dice, parafraseando al profeta: *“Por cuya herida fuisteis sanados”* (v.24).

Fco. Rodríguez



El Papa: ¿Santo Padre?

El pastor Antonio Vanhuyse

Los papas se han apropiado de una gran cantidad de títulos. Títulos que dan muestra de un afán indecible de poder: obispo de Roma; sucesor de Pedro; patriarca de Occidente; Pontifex Maximus = Sumo Pontífice (este título lo utilizaban los emperadores romanos); Vicario de Cristo en la tierra; cabeza visible de la iglesia; jefe soberano del Estado Vaticano. Además de

esta impresionante titulación el papa se deja llamar “Santo Padre”. ¡Un título, un nombre que el Señor Jesús ha reservado exclusivamente para Su propio Padre! Así lo leemos en Juan 17:11. ¿Cómo puede un hombre pecador, aunque sea papa, dejarse saludar como “Santo Padre”? ¿Tiene derecho, por razón de su cargo, apropiarse de este título? ¿Es tan santo, bueno y justo que tranquila-

mente puede dejarse llamar con ese santo nombre? ¿No nos dice la Biblia que todos somos pecadores? Romanos 3:23-24). El Señor Jesús ha querido cortar ciertos pensamientos de grandeza y de rango entre Sus discípulos cuando Él les dijo: *“Pero vosotros no queráis que os llamen Rabi; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo”* (Mateo 32:8-10). En lugar del título de rabino utilizamos nombres como papa, obispo y pastor. La consecuencia de una tal titulación es que pone trabas al único Maestro y al único Padre. Esto lo podemos ver claramente en los versos que siguen a la vehemente advertencia del Señor Jesús: *“El que es el mayor de vosotros sea vuestro servidor. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”* (Mateo 23:11-12). ¿No es usar en vano el Nombre de Dios? ¿No es un pecado contra el tercer mandamiento? *“No tomarás el nombre de Yahweh tu Dios en vano”* (Éxodo 20:7). No nos está permitido utilizar el Nombre de Dios para ensalzarlo a favor de los propios objetivos. Por esto Su santo Nombre se deshonra y se blasfema por reclamar el mayor honor y poder para un hombre. ¡Espantoso!

Yo me pregunto, ¿qué estará pasando por la cabeza del papa cuando alguien en su presencia ora a Dios y se dirige al Señor Dios como Padre Santo? ¿No se sentirá incómodo, sabiendo que él mismo se apropia de ese nombre? Alguna vez ha sido un problema cuando el papa Pablo VI visitó la ciudad

de Génova. Durante los servicios litúrgicos no estaba permitido dirigirse a Dios como Padre Santo, porque es el título del Papa. Sobre este doloroso incidente escribió el exsacerdote H. J. Hegger en la revista IRS, de julio-agosto de 1969. Allí decía: *“Lo que más me molestó de esto fue que Dios en este caso de hecho tuvo que dejar paso al Papa”*. El Papa reclama el título de “Padre Santo”. Pero es el nombre con el que Jesús se dirige a Dios en la oración sacerdotal de Juan 17. Por razón del protocolo no está permitido dirigirse a Dios con el nombre más íntimo, que Jesús Mismo le dio...”.

El Señor Dios pide respeto para Su Nombre. El Nombre de Dios es Dios Mismo. Y Él exige que nosotros no usemos este Nombre, tan santo, tan grande y tan bueno de una manera superficial.

“... con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo.... Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a Sí Mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres...” (Filipenses 2:3 y 5-7).

Pero el Papa sigue el camino contrario, se enfunda el nombre de Santo Padre y se quiere hacer semejante a Dios.

A pesar de todo

A pesar de todo lo impío y pecador que fui,
a pesar de las ofensas que te hice mi Señor;
y que nunca antes a tu PODER me sometí...
me perdonaste, aceptándome con tanto AMOR.

Porque a pesar de que fui duro de corazón
a pesar de todo, ahora estoy convencido;
que en tu Palabra está la VERDAD y la razón...
ahora lo comprendo Señor, ya convertido.

Padre, no creo merecer de Ti tanta bondad
pero, déjame demostrarte mi arrepentimiento;
permíteme Señor, entregarte mi lealtad...
pues te acepté por FE, no por sentimiento.

A pesar de todo, déjame vivir en este gozo
de tu grandeza quiero seguir testificando;
no me apartes de tu Camino tan hermoso...
no quiero volver atrás, no quiero seguir pecando.

Agrádate Padre, con estas frases tan sinceras
respetaremos siempre tu sabia dirección;
sígueme usando Señor, como Tú quieras...
esperando con humildad tu BENDICIÓN.

¡Por honra y gloria de nuestro DIOS!

Vicente Martínez García



Sólo a Dios sea la gloria

Jorge Ruiz Ortiz

Sola gracia, Solo Cristo, Solo fe, Sola Escritura. ¿A dónde conducen todos estos enunciados? A uno que los resume y culmina: *Solo a Dios sea la gloria*. Ahí está lo esencial del mensaje de la Reforma. Tal vez a los provenientes de países latinos todo esto nos suena más bien como una fría expresión de religiosidad, más propia de las gentes del Norte, ya se sabe, más austeras y serias. Nosotros somos gente del Sur, con otro carácter, y vemos la vida de manera distinta. Oímos “Sólo a Dios sea la gloria” y es como si el hombre desapareciera en nuestra mente, como si nos evocara iglesias sin imágenes. Y como Moisés ante la zarza ardiente, nos sentimos atraídos y queremos mirar, pero algo en nosotros nos dice que, puestos a preferir, mejor lo conocido, porque por lo menos es lo “nuestro”. Nos encontramos más a gusto en él, aunque no sepamos decir por qué. Tal vez porque nos resultan más familiares las iglesias donde abundan las representaciones del Dios de gloria, pero también imágenes de hombres glorificados. Si sólo fuera eso, si el mensaje de la Reforma fuera únicamente una expresión cultural

más de la fe, nosotros podríamos sentirnos libres de seguirlo, o no, en función de nuestras inclinaciones personales. Pero lo cierto es que no es así. “Sólo a Dios sea la gloria” es un enunciado bíblico. “*No a nosotros, oh Yahweh, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad*” (Salmo 115,1).

En la Escritura nos encontramos claramente que el mayor deber de *toda criatura* es el de glorificar a Dios. Ese deber se deriva de quién es Dios, en sí mismo, porque sólo Él es Dios, porque todas Sus perfecciones son infinitas. La Biblia comunica estas ideas cuando habla del nombre de Dios: “*Dad a Yahweh, oh hijos de los poderosos; dad a Yahweh la gloria y el poder. Dad a Yahweh la gloria debida a su nombre*” (Salmo 29,1). Dios es, además, el Creador de cuanto existe, y el que mantiene todo con vida a cada instante (Hechos 17,24.28). Todo, por tanto, le pertenece. Como el Señor es Dios sobre todas las cosas (Romanos 9,5), como sólo Él es Dios de todos los reinos de la tierra (Isaías 34,16), todo lo que existe está obligado a glorificar a Dios: “*Te alaben, oh*

Yahweh, todas tus obras” (Salmo 145,10); *“Todo lo que respira alabe a YAH”* (Salmo 150,6). El Salmo 148 habla bien elocuentemente del alcance de este deber: han de alabar a Dios seres tan dispares como los ángeles, el sol, la luna, las estrellas, los cielos, los monstruos marinos y los abismos del mar, el fuego, el granizo, la nieve, las nubes, la tempestad, los montes, los árboles, todos los animales, los príncipes y reyes, los jóvenes, los ancianos, los niños... La alabanza a Dios ha de ser universal. *“Alaben el nombre de Yahweh, porque sólo Su nombre es enaltecido. Su gloria es sobre cielos y tierra”* (Salmo 148,13).

Para el hombre, no hacerlo es rebelión. Es gran pecado. La criatura quiere prescindir del Creador, para ocupar Su lugar, como soberano del Universo, y como rey de sus propias vidas. El hombre se cree con derecho a hacerlo, aunque esa actitud no sea más que no querer vivir para el propósito para el cual uno fue creado, porque fuimos hechos para conocer a Dios, para adorarle y gozar de Él para siempre.

Nada se puede hacer sin Dios, pero en el fondo, tampoco nada se puede hacer contra Él. Dios se reirá de los que contra Él se rebelan (Salmo 2,4). En efecto, presentándose ante ellos, les dirá, como a Job: *“¿Dónde estabas cuando yo fundaba la tierra?... Adórnate ahora de majestad y de alteza, y vístete de honra y de hermosura”* (Job 38,4 y 40,10). Porque nadie puede frustrar los designios y propósitos soberanos de Dios. El fin que Él se propuso fue el de manifestar Su gloria en todas Sus obras, y nadie podrá impedir el cumplimiento de Su voluntad. *“... el que hace todas las cosas según el*

consejo de su voluntad” (Efesios 1,11); *“Porque de Él, y por Él, y en Él, son todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos”* (Romanos 11,36). Lo cierto es que llegará el día en el que toda carne reconozca al único soberano Dios: *“Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y de los que están en la tierra, y de los que están debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, a la gloria de Dios Padre”* (Filipenses 2,10-11). Toda rodilla se doblará, por lo que lo hará incluso la de aquellos que por su dureza y por su corazón no arrepentido vayan a conocer el castigo eterno decretado por Dios (Romanos 2,5; Mateo 25,46). Sí, verdaderamente Dios será glorificado por todos. Para los que en esta vida han gustado la benignidad del Señor (1 Pedro 2,3), los que han abrazado el ofrecimiento de gracia del Evangelio (Juan 3,16; Mateo 11,28 y 22,4), recibiendo a Cristo por la fe (Juan 1,12), los que han hallado que Cristo es su única esperanza en cuanto a la salvación, y que incluso es su misma vida (Colosenses 1,27; 3,4), la perspectiva de la vida cambia completamente. La vida, para empezar, adquiere un sentido, un propósito. Y el fin, el propósito de la vida, aquello para lo que se vive ya no es alcanzar un trabajo bien pagado, o buena posición, crear una familia o hacer muchas cosas en la vida, todo lo cual, en sí mismo, no es malo. Pero quien tiene en él a Cristo (Romanos 8,10), no tiene otro fin mayor en su vida que no sea el glorificar a Dios: *“Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos. Porque*



Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven” (Romanos 14,7-9); “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10,31).

Todo pensando en Dios. Todo pensando en Su buen nombre entre los hombres. Se vive para conocer Su voluntad y para cumplirla, no siendo oidores olvidadizos de la Palabra, sino hacedores de la misma (Santiago 1,22). La religión deja de ser algo impuesto, o algo con lo que se puede jugar o negociar, sino que es de corazón: la fe obra por el amor, se guardan, pues, los mandamientos de Dios (Gálatas 5,6; 1 Corintios 7,19). Para la gloria de Dios.

¿Qué es lo específicamente de la Reforma en toda esta perspectiva? Seguramente, la diferencia estriba en una pequeña palabra: *Sólo* a Dios sea la gloria. Perspectiva a menudo temida. ¿Aniquilaría ella al hombre? Al contrario, reconoce que lo propio del hombre, lo mejor del hombre, su culminación, su existencia misma, sólo se encuentra en Dios. Lo que no es nacido de Dios y en Dios, es de la

carne. “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3,6-7); “Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8,12-13); “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6,14).

¡Si tan sólo odos pudiéramos ver las cosas así! ¡Si, por Jesucristo, tan sólo todos pudiéramos decir, ahora y de corazón: Sólo a Dios sea la gloria!

La Biblia también habla al niño

I Samuel 8:1-22

“He aquí tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones” (8:5). Tal vez hayas oído hablar de la princesa Diana de Inglaterra. Tuvo un accidente de auto y murió joven. Era una mujer muy conocida. Mucha gente miraba sus vestidos. Lo que ella se ponía, era la moda. Todos querían vestir de la misma manera.

Los israelitas un día miraron a su alrededor. Y vieron que los otros pueblos tenían un rey. Ellos, pues, también querían un rey. Con esta propuesta fueron al profeta Samuel. A todo esto Samuel ya era más viejo. Y sus hijos no eran como su padre, para ser rey alguno de ellos. Por eso tenía que ser alguien del pueblo corpulento y fuerte. A Samuel no le gustó la propuesta del pueblo. ¿No tenían ya un Rey? ¿No era el Señor el que regía a Israel? Pero no, eso no les era suficiente, porque no vivía en un gran palacio. Y que el nuevo rey les iba a salir muy caro, no tenía importancia. Israel quiere un rey terrenal. Ellos rechazan a Dios. Mil años más tarde sucederá lo mismo. Entonces cuelgan al Señor Jesús en la cruz. Él no puede ser Rey. Pero precisamente en la cruz Él ha dejado claro que es el Rey. Él ha vencido al príncipe de las tinieblas.



¿Le permites al Señor Jesús ser tu Rey?

I Samuel 9:1-27

“Y luego que Samuel vio a Saúl; Yahweh le dijo: He aquí este es el varón del cual te hablé; éste gobernará a mi pueblo” (9:17). Cuando tú vas a tener un hermanito o una hermanita, estás curioso de cómo será. Estás deseando que nazca.

Israel consigue un nuevo rey. No tienen suficiente con Dios. Quiere un rey que venza con su caballo a los enemigos. Pero ellos no pueden buscarlo; el Señor lo elige. Están curiosos. ¿quién será?. Incluso Samuel no lo sabía.

Un día vienen dos jóvenes buscando a Samuel. Tal vez el profeta sepa el lugar donde han ido a parar nuestras asnas. En ese momento Samuel sabe quien va a ser

el nuevo rey. Dios se lo revela. Es un joven alto y guapo. Exactamente como quiere Israel. Su nombre es Saúl. Es de la tribu de Benjamín y vive en Gabaa. Samuel quiere que Saúl se quede a comer. Durante la comida el primer lugar a la mesa y la mejor ración de comida fue para Saúl. Pero Saúl no entendía nada. Incluso las palabras de Samuel le resultaban tan misteriosas. Como si él fuese el amo en Israel. Pero eso no podía ser, porque su familia era la más pequeña en Israel. ¿Qué quería Samuel en realidad de él? ¿Qué quería Dios de él?
¿Qué quiere Dios de ti?

2 Pedro 3:1-7

“Sabiedo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencia” (3.3). Nada hay en el mundo tan seguro como la Palabra de Dios. Todo lo que el Señor ha prometido en la Biblia, se cumplirá. Claro que sí. Pedro advierte de los burladores que se ocupan de sus propias cosas y no quieren creer en Dios. Siempre intentan apartarte del buen camino. Se preguntan burlescamente, que fue de las promesas de Dios, que Él haría todas las cosas de nuevo. Todas esas personas que han creído eso, como Abraham, Moisés y David, han muerto, sin que haya sucedido nada. Pero, porque los burladores no usan la Palabra de Dios como una lámpara, están ciegos para ver lo que va a suceder. Olvidan que el diluvio fue un hecho real. Piensan que Dios no va a destruir la tierra con sus obras por el fuego, pero en el día que Él tiene determinado. Y entonces los burladores tendrán que presentarse ante el Juez celestial para ser juzgados. Entonces lamentarán para

siempre que no hayan utilizado la Palabra de Dios como una lámpara, porque han seguido su propio camino entenebrecido.

¿Has olvidado alguna vez algo que dice claramente la Biblia?

2 Pedro 3:8-18

“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (3:9).

Tú sabes que un compañero de clase está enfermo, y tú piensas: Voy a escribirle una carta. Hoy no, mañana. Pero ahora ya no necesitas escribirle, porque tu compañero ya está de nuevo en clase. Dar largas al asunto. Así pensaban los burladores en tiempos de Pedro sobre Dios. Que Él va dejar pasar tranquilamente el tiempo y que no va cumplir Sus promesas. Pedro advierte a los cristianos que eso es una mentira. Dios está por encima de nuestro tiempo. Nosotros como pequeños y pecadores no podemos comprender a Dios, el Sublime y el Santo. No hay ninguna demora en la venida del Señor Jesús. Es precisamente paciencia. Aún hay gente que tiene que convertirse, para que no se pierdan. Quienes no tengan un nuevo corazón, todavía lo pueden recibir. Los que crean en el Señor Jesús aun pueden aprender más de Él. Es urgente, porque nadie sabe cuando va a venir el Juez de cielo y tierra. Date prisa para salvar tu vida. El Señor Jesús ahora aún es Redentor. Después viene como Juez.

¿Esperas con ilusión Su venida o tienes miedo?

Miedo a leer la Biblia

Testimonio de una ferviente católica

Me llamo Leonie María Linnemeijer, nací en Almelo (Holanda) en 1941. Mis padres fueron católicos. Al nacer el médico no me dio muchos días de vida y le rogó a mi padre que me llevara al sacerdote para que me bautizase. Esto sucedió dos horas después de mi nacimiento. Después de dos años el pediatra me descubrió una cardiopatía. Y le dijo a mis padres que no superaría los tres años y medio. Esto para mi madre era un gran problema. Mi salud a través de los años ha tenido momentos muy críticos, pero salí adelante. Una de las cosas que más me marcaron, fueron las advertencias de mi madre, cuando me decía: “Cuidado, no entres en una iglesia protestante, porque entonces el diablo te matará”. Incluso se nos prohibía resguardarnos de la lluvia al lado de la iglesia protestante. Desde muy joven se me enseñó que el diablo me agarraría, si leía la Biblia. Eso estaba reservado para los sacerdotes y los frailes. A veces sentía una angustia de muerte. En la escuela nos daban para leer un libro sobre José en Egipto. A mí me parecía estupendo. No sabía que se trataba de una historia bíblica. En aquel tiempo para mí María era mi ídolo. Lo que me faltaba aquí en la tierra, lo tenía en el cielo: María era mi querida madre. Aprendí a contarle todo a María y rezarle sólo a ella. María se lo diría a Jesús. Cuando comencé los estudios de secundaria con la asignatura de historia de la iglesia era necesario adquirir un Nuevo Testamento.

Sólo lo podíamos leer cuando el sacerdote profesor nos lo mandaba, y eso era muy poco.

En 1958 mi padre enfermó y después de tres meses murió en el hospital. Uno de los últimos días de su vida fui a visitarle y me sucedió algo que jamás pude olvidar. Cuando me iba a marchar, me llamó y me dijo: “Leonie, yo me voy, pero nos veremos de nuevo junto a Jesús. Eso aún puede tardar”. Esas fueron sus últimas palabras hacia mí.

A mis catorce años sufrí la primera operación de corazón en Ámsterdam. Cuando tenía 25 años fui intervenida por segunda vez en Utrecht. El día antes de mi operación escribí una carta a mi madre, por si fallecía en la operación. Le pedía perdón por todo lo que hubiese hecho mal. Pero al sacerdote no le pareció bien que escribiese esa carta a mi madre, y la rompió.

En 1978 dejé la casa materna y me fui a trabajar a un hospital católico en la sección de rayos X. Alquilé una habitación en el departamento de enfermería.

Como creyente católica durante años, hasta ocho veces, fui a Lourdes para rezar y confesarme. La última vez fue en 1978. Ese año para sorpresa mía el sacerdote al que me confesé no parecía católico, porque cuando me iba a confesar me dijo: “Cuéntale todo al Señor Jesús. Él murió por nosotros y Él te perdonará”.

Como tenía la impresión de que yo misma no podía rezar a Dios, comencé a escribirle en mi diario. De esta manera le presentaba todo lo que me preocupaba ante Él.

En ese tiempo sentí un gran deseo de leer la

Biblia, pero el miedo me lo impedía. En la sala de espera de mi médico de cabecera encontré un libro titulado: “Sobre la Biblia”. La Biblia no la podía leer, pero un libro que trataba sobre la Biblia, no sería problema. Y comencé a leerlo, y lo leí dos veces. Lo que más me llamó la atención, fue leer que los escritores bíblicos fueron inspirados por el Espíritu Santo. Tuve distintas charlas con mi médico de cabecera. Por eso llegué a la conclusión de que la Biblia también era para mí. Entonces pedí un ejemplar de dicho libro y también una Biblia católica. Al cabo de nueve meses recibí un ejemplar de la Biblia. Al principio tuve que vencer una fuerte barrera. Comencé a leer por los Evangelios como me había aconsejado mi médico.

Un día fui invitada para ir a una iglesia protestante, y tenía deseo de ir, pero cuando me encontraba a la puerta de la iglesia, me quedé inmóvil. ¡Una iglesia protestante! Y no me atreví a entrar. Por miedo al diablo me volví y salí corriendo.

Mi médico, que poco a poco iba conociéndome mejor, me preguntó después de un tiempo, cómo me sentía. Llorando le conté que ya llevo un mes largo sin asistir a misa. Ya no puedo más, sencillamente no creo más. El doctor me dijo: “Sin embargo, Dios no te va abandonar”. Llorando respondí: ¡No, yo le busco precisamente! “Si le buscas, le encontrarás”, fue su respuesta. Un día me invitó para ir a la iglesia de la que él era miembro. Le pregunté, qué iglesia era la suya. La iglesia reformada, me respon-



dió. Me asusté mucho. Recordé que cuando éramos niños no podíamos pasar por la calle donde estaba esa iglesia.

Busqué el teléfono del pastor de esa iglesia para tener una charla con él. Me invitó a pasar por allí para hablar. Durante ese encuentro vinieron a mi mente todas aquellas preguntas que se amontonaban desde mi infancia.

El 3 de febrero de 1980 por primera vez entré en una iglesia protestante. Aún recuerdo desde la A hasta la Z la predicación de ese día. Trataba sobre Éxodo 3, donde el Señor da a conocer a Moisés Su Nombre: “YO SOY EL QUE SOY”. Y el que exponía la Palabra continuó diciendo: “Yo soy también para ti”. Cuando pronunciaba esas palabras, me miró, y dijo: “Yo estaré siempre contigo. Él está presente siempre en tu vida”.

Estaba tan llena de la Palabra de Dios que me olvidé por completo del diablo. Me encontré feliz, cuando me fui a mi casa. Dos semanas más tarde tuve otra charla con el pastor. La noche antes de eso descubrí que no tenía necesidad ya de elegir una iglesia, porque yo fui elegida y llevada a esta iglesia. Por eso le dije al pastor que quería hacerme miembro de esa iglesia.

Le comenté a mi madre el paso que había dado. No estaba para nada de acuerdo y

me lo reprochó duramente. Dos semanas después de hablar con mi madre, me llamó el sacerdote de mi localidad para hablar conmigo. Durante el encuentro, que duró tres horas, comprobé lo que la noche anterior había leído en Lucas 12: “... no os preocupéis por cómo o qué habréis de responder, o que habréis de decir, porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debáis decir”.

Fue para mí una gran alegría confesar abiertamente mi fe en el Señor Jesús y participar de su Santa Cena tal como Cristo Mismo la instituyó.

En los años siguientes tuve que luchar con muchas molestias y dolor físico. Muchas veces mi situación fue extremadamente crítica, pero una y otra vez el Señor me ayudó. Puedo dar testimonio de todo ello, a pesar de todas las preocupaciones, la alegría en mi Señor y Salvador siempre crece. “*Aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día*” (2 Corintios 4:16). Con todo, tanto en las alegrías como en las tristezas, en los fallos y en las preocupaciones, en el dolor y en el trabajo, miro siempre a la cruz del Señor Jesús, a Quien amo profundamente.

Leonie M. Linnemeijer

Te alabaré, oh Jehová, con todo mi corazón; Contaré todas tus maravillas

Salmo 9:1

Buscad las cosas de arriba...

¿**I**mporta algo si yo hago muchas o pocas obras buenas en mi vida? ¿Si he vivido santamente, con eso tampoco merezco nada? No ciertamente para la salvación.

El apóstol Santiago dice algo en su carta que a primera vista no suena muy reformado: “*Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe*” (2:24).

Uno puede comprender que Lutero en un determinado periodo de su vida tuvo dificultades con esta carta.

La Iglesia Católica Romana tampoco la comprendió. Ya que enseña que las buenas obras son un complemento necesario a la fe. Algunos “santos” han llegado muy lejos en eso. Después de su muerte, y tras una exhaustiva investigación, son declarados beatos. Y todavía más: son canonizados como “santos”. Ese es el caso de la madre Teresa. También se trata de hacer lo mismo con el papa Juan Pablo II. Los creyentes en esta tierra se beneficiarán de eso. En base a sus muchas buenas obras y su vida santa, estos “santos” podrán mediar ante Dios a favor de los creyentes de la tierra.

¡Antibíblico, complicado y muy fatigoso!
¿No te parece? Sin embargo, qué liberación es la sola gracia bíblica de la Reforma. ¡Solo por gracia! **¿Cómo eres justificado ante Dios?** “*Por la sola fe en Jesucristo, de tal suerte que, aunque mi conciencia me acuse*



*de haber pecado gravemente contra todos los mandamientos de Dios, no habiendo guardado jamás ninguno de ellos, y estando siempre inclinado a todo mal, sin merecimiento alguno mío, sólo por gracia, **Dios me imputa y da la perfecta santificación, justicia y santidad del Cristo** como si no hubiera yo tenido, ni cometido algún pecado, antes bien como si yo mismo hubiera cumplido aquella obediencia que Cristo cumplió por mí, con tal que yo abrace estas gracias y bendiciones con verdadera fe” (Cmo. H. Dom. 23).*

Estoy en Cristo justificado ante Dios. No gracias a mis buenas obras, sino por Él, que pagó el precio de mi rescate y cumplió todo lo que el Padre exigía. **En Él soy tan justo y santo como si yo nunca hubiera cometido pecado.** Gloria sea a Dios Padre. Si tú te sientes identificado con esta obra de Cristo, entonces no te preguntas, si te son necesarias tus buenas obras. Entonces será imposible que no estés interesado en la santidad. Hacer buenas obras es una consecuencia de vivir

Dios es el que hace el milagro, no tú

por la obra de Cristo. Eso no lo dice sólo Santiago, sino en otros lugares de la Palabra de Dios que podemos resumir en este texto: *“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá a Dios” (Hebreos 12:14)*. ¡Santificación! Ese es el objetivo de tu vida. Tú no estás en este mundo porque sí. Tú estás aquí para vivir para gloria de Dios.

Tal vez digas: Ese también es mi más íntimo deseo, pero aún me asusto con frecuencia de mi mismo. Pecados a los que yo he renunciado, meten de nuevo la cabeza. Por desgracia no vivo siempre a la altura espiritual. Mi oración, y además toda mi vida está por debajo de la medida. ¿Qué debo hacer? No sólo para ser salvo, sino también: ¿Qué debo hacer para ser santo? ¿qué debo hacer para vivir santo para Dios?

Como final un ejemplo, para subrayar esta verdad. No me preguntes si se ajusta a las pautas técnicas, pero el ejemplo es sencillo. Un piloto volando en un pequeño avión unipersonal, ve por sorpresa una rata grande en su aparato, royendo el cableado. Si el cable fuese cortado el avión caería. ¿Qué debe hacer este piloto? ¿Tratar de atrapar la rata? También el aparato se caería. ¿Sabes lo que hace el piloto? Se pone su máscara de oxígeno y empieza a subir más alto, más alto y siempre más alto. Tan alto que el aire se hace más enrarecido y la rata se desvanece por falta de oxígeno. ¿La aplicación? La encuentras en Colosenses 3:1: “... busca las cosas de arriba, donde está Cristo...”.

H. van Groningen

¿De qué fe hablamos?

La noche cayó con rapidez y encontró al sol muriendo en el horizonte tras las montañas lejanas y pintorescas, próximas al Lago de Genesaret. El Señor Jesús se quedó entretanto despidiendo a las multitudes. La embarcación se alejó bajo el rumor de las aguas que golpeaban el maderamen. Las estrellas pronto poblaron el cielo. El Maestro quedó solo, en el monte, orando. Una noche fresca. La brisa bañaba el rostro de los apóstoles. Seguían remando. Por momentos el viento dificultaba el desplazamiento. Estaban todavía distantes de la playa, en el otro extremo. Deseaban llegar para tomar un merecido descanso después

de horas de trabajo intenso proclamando el mensaje transformador del evangelio. Pasada la medianoche el frío se hizo más intenso. “El bote ya estaba bien lejos de la orilla y había un viento muy fuerte que no los dejaba avanzar. A la madrugada, Jesús llegó caminando sobre el agua. Al verlo, sus seguidores se asustaron mucho y gritaron de miedo: --¡Es un fantasma!. Pero Jesús inmediatamente les dijo:--¡Tranquilos, soy yo! No tengan miedo. Pedro le contestó:--Señor, si eres tú, haz que yo vaya hacia ti caminando sobre el agua. Jesús le dijo:--¡Ven!. Pedro salió del bote, caminó sobre el agua y fue hacia donde estaba Jesús. Pero vio que el

viento era fuerte, tuvo miedo y se empezó a hundir y gritó:-- ¡Señor, sálvame!. Jesús de inmediato lo tomó de la mano y le dijo:--Tienes poca fe ¿por qué dudaste? Y cuando ellos subieron al bote, el viento se calmó.”(Mateo 14: 24-32. Nuevo Testamento la Palabra de Dios para todos).

Los milagros pueden ocurrir

Sin el Señor Jesús en la embarcación, los discípulos tuvieron miedo. Se sintieron solos. El mundo los abrumó. Sobre ellos golpeaba el viento tormentoso del lago y sabían que humanamente no podían hacer nada. Estaban a merced de la naturaleza. La lógica determinaba que una tormenta y la violencia del mar no podían calmarse por mucho deseo que embargara el corazón. Igual su vida. Distante de Dios los problemas parecerán más grandes. La dimensión de las dificultades será mayor, y amenaza con cobrar mayor fuerza, conforme pasa el tiempo. Es probable que considere que no hay salida para el problema que enfrenta. Es posible incluso que se trate de una enfermedad que los médicos consideran incurable. O tal vez circunstancias tan difíciles de enfrentar que ha pensado una y mil veces que las fuerzas lo abandonarán.



Hay otro elemento de mucha significación en el relato bíblico. Es apreciar en la escena, como si nosotros viajáramos en el bote, al Maestro caminando sobre las aguas. Hoy día es fácil de creerlo con los avances de la tecnología que tornan casi reales, fruto de los efectos especiales, todos los movimientos y acciones inverosímiles que apreciamos en los filmes. Pero en este caso era real. Los pies del Señor iban sobre la superficie, por encima del oleaje.! Sencillamente increíble!. ¿Ha meditado alguna vez en semejante milagro? ¿Se da cuenta? Difícilmente podemos racionalizarlo. Nuestra mente finita encuentra tropiezos para dimensionar en su justa proporción todo lo que estaba ocurriendo.

Caminando sobre las aguas

La escena se torna todavía más inverosímil cuando “Pedro le contestó:--Señor, si eres tú, haz que yo vaya hacia ti caminando sobre el agua. Jesús le dijo:--¡Ven!. Pedro salió del bote, caminó sobre el agua y fue hacia donde estaba Jesús. Pero vio que el viento era fuerte, tuvo miedo y se empezó a hundir y gritó:--¡Señor, sálvame!. Jesús de inmediato lo tomó de la mano...”.

¿Es posible caminar sobre las aguas si Jesús está en medio de la situación! Haga práctico este principio. No hay problema ni enfermedad, por grandes que parezcan, que el Señor Jesús no pueda transformar. El poder ilimitado de nuestro amado Dios hace posible lo que humanamente consideramos imposible. Ese milagro que tanto requiere es viable que ocurra. Basta creer. Y creer no es otra cosa que desechar el racionamiento humano para abrir paso al mover de Aquél que todo lo puede.

¿Qué impide que esa señal y prodigio que tanto necesita ahora pueda ocurrir? ¿Se da cuenta? ¡Absolutamente nada dificulta que ocurra porque quien obrará el milagro no es usted sino Dios! Y jamás podremos poner límites a Dios...

¿Por qué se hundió Pedro? Porque comenzó a racionalizar lo que estaba ocurriendo y dio lugar a la incredulidad. “Pedro salió del bote, caminó sobre el agua y fue hacia donde estaba Jesús. Pero vio que el viento era fuerte, tuvo miedo y se empezó a hundir...”

No permita que ocurra igual con su vida. Simplemente crea. Nos identificamos: no es fácil. Pero es necesario emprender el camino. Quienes ven milagros son aquellos que se atreven a creer. Asumen el reto. No se detienen. Avanzan. No importa que al princi-

pio nada ocurra. Se deciden y avanzan. Lo invito a orar al Señor, al Creador del universo. Estoy convencido de que El responderá.

¿PERO...y si aun tengo MIEDO?

Cuando pienso en este bello relato de la experiencia de Pedro, con el Señor Jesucristo. Pienso en mí, en mi vida y en los momentos en que también he salido de la barca para reunirme con Jesús.

A veces el miedo me ha hecho titubear y he gritado: “Ayúdame señor que me ahogo”. Pienso que a veces los problemas cotidianos nos llevan a sentirnos solos, tristes, y angustiados, el salmista exclamo:, Hubiera yo desmayado si no creyese que habría de ver la grandeza de Yahweh en la tierra de los vivientes.

Tal vez a veces te pasa que descubres mentiras, engaños, y piensas en dejarlo todo, en salir de la barca para acercarte a Jesús en busca de respuestas, pero a veces nos da miedo salir de la barca y más aún, avanzar hacia donde el nos espera.

Dios tiene extendida la mano para que no nos rodee el miedo, sino que podamos sentir su tierna voz, ordenando a los mares callar, y diremos tal como Pedro lo sintió aquel día en que caminó sobre el mar.

Dios es tan grande, que todos los días en medio de nuestras pruebas, el coloca una hermosa ventana y un pequeño rayo de sol llega para iluminar nuestra oscuridad. Calmando nuestro agitado mar, y tendiendo su mano para no dejarnos hundir. Sencillamente Él es maravilloso.

J. García F.

Oferta de libros

Con frecuencia nuestros lectores nos piden artículos y estudios bíblicos que hemos publicado en nuestra revista. Ahora les ofrecemos en forma de libro los estudios ya publicados sobre el Evangelio según Juan, bajo el título:

“Diálogo con el apóstol Juan”.

Y también sobre el libro de los Hechos, bajo el título:

“La Vida en la Primitiva Iglesia”.

Además reunimos en un volumen muchas de las preguntas que ustedes nos han formulado con sus correspondientes respuestas, bajo el título:

“¡CRISTO!, la respuesta a tus preguntas”.

Les ofrecemos estos libros a precio de coste (**dos euros/dólares cada uno, o cinco euros/dólares los tres**) **Por favor, envíe el dinero al contado en un sobre junto con el pedido. El cobrar los cheques aquí es muy costoso.**

Cobrando unos pocos dólares o euros uno paga diez euros como mínimo. Nosotros vamos a correr con los gastos de envío. Y si usted no dispone de dos euros/dólares, y en verdad quiere tener alguno de estos libros, se lo enviaremos gratuitamente.

El precio simbólico de dos euros/dólares tiene como objetivo el poder disponer de fondos para enviar estos libros al mayor número posible de nuestros lectores, que lo deseen.

Pedido:

Diálogo con el apóstol Juan:

La vida en la primitiva iglesia:

¡Cristo!, la respuesta a tus preguntas:

Número de ejemplares _____

Número de ejemplares _____

Número de ejemplares _____

Haga su pedido a la dirección de En La Calle Recta en la página 32. Y no olvide de enviarnos **su dirección postal completa** con: Su nombre y apellidos; Calle con su número; Ciudad o Pueblo; País

P.D.: Para sus pagos utilice la dirección de la página 32 de las ofrendas. Gracias.



A nuestros lectores

Si quiere tener una suscripción GRATIS,

sólo tiene que escribir en un papel los datos completos con su dirección postal: Su Nombre y Apellidos; la Calle con su Número; su Pueblo o Ciudad; código postal si lo tiene; PAÍS.

Envíelos a: En La Calle Recta
Apartado, 215
24400 PONFERRADA
ESPAÑA
También por E-mail: ENLACALLERECTA@telefonica.net

***Si Ud. Cambia de dirección:** Notifíquenos, por favor, su nueva dirección. Gracias

***¿QUIERE COLABORAR?:** Desde la fe, ante todo, les rogamos que oren para que esta revista sea siempre pregonera de la pura gracia de Jesucristo y la salvación por la fe, guiada siempre por la Luz de las Escrituras, en la certeza de que todo lo demás nos será añadido (Lc. 12:31).

OFRENDAS:

Quien quiera contribuir económicamente a la publicación de esta revista, hágalo utilizando los siguientes datos bancarios:

Destinatario: In de Rechte Straat
Banco: Rabobank
Cuenta: 3870.05.749
IBAN: NL57 RABO 0387 0057 49
Swiftcode(BIC) RABONL2U
País: HOLANDA

ECR En la Calle Recta

Sólo para evangelizar: Si quiere reproducir o fotocopiar alguno de los artículos, hágalo para gloria del Señor, y no olvide citar la revista y el número de la que ha sido tomado.

*Buzón del Lector:

Si tiene preguntas, dudas, y si quiere mandarnos su propio testimonio o sus artículos, envíelos al:

Redactor Jefe:
Fco. Rodríguez
Apartado, 215
24400 PONFERRADA
ESPAÑA
E-mail: fco.rodriguezperez@telefonica.net

Website: www.enlacallerecta.es